

Presentación

Enseña el Concilio Vaticano II que la conciencia es “el núcleo más secreto y el sagrario del hombre, en el que éste se siente a solas con Dios, cuya voz resuena en el recinto más íntimo de aquella” (*Gaudium et spes*, 16). Los cristianos, y por tanto los Propagandistas, conscientes de esto, nos alegramos cada día de dos evidencias: la primera se refiere a la certeza de la vocación universal a la santidad y la segunda al mejor estilo paulino, la de poseer un modelo, que es Cristo, y éste crucificado.

Nuestra conciencia, a modo de examen interior, nos sitúa frente al espejo del modelo que Cristo nos dejó de sí, para iluminar nuestra vida a la luz del amor de Cristo crucificado y resucitado. Es un camino de obediencia a la verdad objetiva. Con este motivo, San Pablo nos anima con insistencia a que andemos en una vida nueva, que nos renovemos según una ley que resuena en nuestra conciencia, en nuestro interior, llamándonos “siempre a amar y hacer el bien y a evitar el mal” (*Catecismo de la Iglesia Católica 1776*), esa ley que según el Papa Francisco “es también don de Dios, que indica el camino, don para todos sin excepción, que se puede vivir con la

fuerza de la gracia” (*Amoris laetitia*, 324). Para ello, debemos hacer siempre una elección responsable, lo que presupone la formación y educación de la conciencia, tarea que ha de durar toda la vida y que “garantiza la libertad y engendra la paz de corazón” (*CIC 1784*).

Quizás, consciente de todo esto, un hombre de Dios, D. Laureano Castán Lacoma, en aquel momento Obispo auxiliar de Tarragona y que, desde 1955 hasta 1970, tuvo la importante tarea de animar la vida espiritual de los Propagandistas como Consiliario Nacional, les ofreció, en el año 1958, en el transcurso de una tanda de ejercicios espirituales ignacianos en Loyola, varios guiones de exámenes prácticos útiles, para revisar el “tono espiritual y apostólico” y la vitalidad de nuestros Centros y de cada uno de sus miembros. Es importante constatar que estos ejercicios precedieron a la celebración de la XLV Asamblea General y la L Asamblea de Secretarios de la Asociación.

Debemos a José Luis Gutiérrez García el que este texto nos anime a retomar este material, necesario y de gran valor práctico en la actualidad, como un medio importante para que podamos seguir ofreciendo a Dios una respuesta generosa. “Nadie da lo que no tiene”, y esa perfección de vida es necesaria en la actualidad de la Asociación. Por eso, este libro nos devuelve a la fidelidad a los orígenes, a la primera hora de nuestra Asociación, para situarnos con la Oblación, la Oración del Propagandista, y la

Promesa de la Sección de San Pablo, ante el mismo núcleo y la esencia del compromiso, para retomar el sentido de la vocación y de la espiritualidad de la ACdP, que se define por la adoración y pertenencia al Dios Trinitario, un amor intenso y una entrega generosa para defender y dilatar el Reino de Cristo, desde un renovado fervor y devoción mariana, unidos a la abnegación y espíritu de sacrificio al servicio del apostolado y de la acción en la vida pública, tan necesaria en la España actual, y siempre desde la comunión con la Iglesia y entre nosotros: “un mismo pensar, un mismo querer, un mismo obrar”.

Intensidad de espíritu, plan de vida virtuosa, rectitud de intenciones, reflexión, este parece el sentir del fundador el P. Ángel Ayala, y este libro nos ayudará a que sigamos caminando. “Aun con la dolorosa conciencia de las propias fragilidades, hay que seguir adelante sin declararse vencidos” (*Evangelii gaudium*, 85), para saber qué quiere Dios de nosotros y actuar según su voluntad, un camino fascinante de encuentro y compromiso con la verdad. Como la Iglesia al inicio del actual milenio, estas páginas que nos presentan parecen querer invitarnos a “recordar con gratitud el pasado, a vivir con pasión el presente y a abrirnos con confianza al futuro” (*Novo millennio ineunte*, 1). Seguros, tal como recuerda San Pablo a los corintios, de que “te basta mi gracia, porque mi fuerza se manifiesta en la debilidad” (2 Co 12,9).

Andrés Ramos Castro
Viceconsiliario Nacional de la ACdP

Prólogo

En la casa solar y Santuario de Loyola celebró la Asociación la tanda anual de Ejercicios espirituales, desde el domingo 7 de septiembre de 1958 por la tarde al sábado 13 por la mañana. Era el año precedente al cincuentenario de la Obra.

Dirigió los Ejercicios don Laureano Castán Lacoma, Obispo auxiliar de Tarragona y Consiliario Nacional de la Asociación. Concluidos los ejercicios, y tras una nueva imposición de insignias, tuvieron lugar, como de costumbre, las dos Asambleas, la I Asamblea de Secretarios y la XLV Asamblea General. Era presidente de la Asociación Francisco Guijarro Arrizabalaga.

Al comenzar los Ejercicios, don Laureano entregó a los ejercitantes, como complemento de las advertencias, que los Ejercicios sitúan en el centro de su segunda semana, unos amplios y ceñidos guiones de gran sentido práctico, que, como explicaba el Director de nuestro *Boletín*, “constituyen un precioso documento, que puede ser extraordinariamente útil para los Propagandistas, bien de un modo personal o aislado, o bien en las reuniones espirituales de los Centros”.

Presentación

Enseña el Concilio Vaticano II que la conciencia es “el núcleo más secreto y el sagrario del hombre, en el que éste se siente a solas con Dios, cuya voz resuena en el recinto más íntimo de aquella” (*Gaudium et spes*, 16). Los cristianos, y por tanto los Propagandistas, conscientes de esto, nos alegramos cada día de dos evidencias: la primera se refiere a la certeza de la vocación universal a la santidad y la segunda al mejor estilo paulino, la de poseer un modelo, que es Cristo, y éste crucificado.

Nuestra conciencia, a modo de examen interior, nos sitúa frente al espejo del modelo que Cristo nos dejó de sí, para iluminar nuestra vida a la luz del amor de Cristo crucificado y resucitado. Es un camino de obediencia a la verdad objetiva. Con este motivo, San Pablo nos anima con insistencia a que andemos en una vida nueva, que nos renovemos según una ley que resuena en nuestra conciencia, en nuestro interior, llamándonos “siempre a amar y hacer el bien y a evitar el mal” (*Catecismo de la Iglesia Católica 1776*), esa ley que según el Papa Francisco “es también don de Dios, que indica el camino, don para todos sin excepción, que se puede vivir con la

fuerza de la gracia” (*Amoris laetitia*, 324). Para ello, debemos hacer siempre una elección responsable, lo que presupone la formación y educación de la conciencia, tarea que ha de durar toda la vida y que “garantiza la libertad y engendra la paz de corazón” (*CIC 1784*).

Quizás, consciente de todo esto, un hombre de Dios, D. Laureano Castán Lacoma, en aquel momento Obispo auxiliar de Tarragona y que, desde 1955 hasta 1970, tuvo la importante tarea de animar la vida espiritual de los Propagandistas como Consiliario Nacional, les ofreció, en el año 1958, en el transcurso de una tanda de ejercicios espirituales ignacianos en Loyola, varios guiones de exámenes prácticos útiles, para revisar el “tono espiritual y apostólico” y la vitalidad de nuestros Centros y de cada uno de sus miembros. Es importante constatar que estos ejercicios precedieron a la celebración de la XLV Asamblea General y la L Asamblea de Secretarios de la Asociación.

Debemos a José Luis Gutiérrez García el que este texto nos anime a retomar este material, necesario y de gran valor práctico en la actualidad, como un medio importante para que podamos seguir ofreciendo a Dios una respuesta generosa. “Nadie da lo que no tiene”, y esa perfección de vida es necesaria en la actualidad de la Asociación. Por eso, este libro nos devuelve a la fidelidad a los orígenes, a la primera hora de nuestra Asociación, para situarnos con la Oblación, la Oración del Propagandista, y la

Promesa de la Sección de San Pablo, ante el mismo núcleo y la esencia del compromiso, para retomar el sentido de la vocación y de la espiritualidad de la ACdP, que se define por la adoración y pertenencia al Dios Trinitario, un amor intenso y una entrega generosa para defender y dilatar el Reino de Cristo, desde un renovado fervor y devoción mariana, unidos a la abnegación y espíritu de sacrificio al servicio del apostolado y de la acción en la vida pública, tan necesaria en la España actual, y siempre desde la comunión con la Iglesia y entre nosotros: “un mismo pensar, un mismo querer, un mismo obrar”.

Intensidad de espíritu, plan de vida virtuosa, rectitud de intenciones, reflexión, este parece el sentir del fundador el P. Ángel Ayala, y este libro nos ayudará a que sigamos caminando. “Aun con la dolorosa conciencia de las propias fragilidades, hay que seguir adelante sin declararse vencidos” (*Evangelii gaudium*, 85), para saber qué quiere Dios de nosotros y actuar según su voluntad, un camino fascinante de encuentro y compromiso con la verdad. Como la Iglesia al inicio del actual milenio, estas páginas que nos presentan parecen querer invitarnos a “recordar con gratitud el pasado, a vivir con pasión el presente y a abrirnos con confianza al futuro” (*Novo millennio ineunte*, 1). Seguros, tal como recuerda San Pablo a los corintios, de que “te basta mi gracia, porque mi fuerza se manifiesta en la debilidad” (2 Co 12,9).

Andrés Ramos Castro

Viceconsiliario Nacional de la ACdP

Prólogo

En la casa solar y Santuario de Loyola celebró la Asociación la tanda anual de Ejercicios espirituales, desde el domingo 7 de septiembre de 1958 por la tarde al sábado 13 por la mañana. Era el año precedente al cincuentenario de la Obra.

Dirigió los Ejercicios don Laureano Castán Lacoma, Obispo auxiliar de Tarragona y Consiliario Nacional de la Asociación. Concluidos los ejercicios, y tras una nueva imposición de insignias, tuvieron lugar, como de costumbre, las dos Asambleas, la I Asamblea de Secretarios y la XLV Asamblea General. Era presidente de la Asociación Francisco Guijarro Arrizabalaga.

Al comenzar los Ejercicios, don Laureano entregó a los ejercitantes, como complemento de las advertencias, que los Ejercicios sitúan en el centro de su segunda semana, unos amplios y ceñidos guiones de gran sentido práctico, que, como explicaba el Director de nuestro *Boletín*, “constituyen un precioso documento, que puede ser extraordinariamente útil para los Propagandistas, bien de un modo personal o aislado, o bien en las reuniones espirituales de los Centros”.

Fueron tales guiones ayer, y son hoy también, pieza particularmente adecuada para examinar “el tono espiritual y apostólico” de los centros, de la entera Asociación y de cada miembro de ésta. No es otro el motivo de su presente publicación dentro de la serie titulada *Subsidia*.

El texto reproduce el original publicado en el *Boletín* nº 641-642, 15-30 de septiembre de 1958, pp. 13-15.

José Luis Gutiérrez García

Fueron tales guiones ayer, y son hoy también, pieza particularmente adecuada para examinar “el tono espiritual y apostólico” de los centros, de la entera Asociación y de cada miembro de ésta. No es otro el motivo de su presente publicación dentro de la serie titulada *Subsidia*.

El texto reproduce el original publicado en el *Boletín* nº 641-642, 15-30 de septiembre de 1958, pp. 13-15.

José Luis Gutiérrez García

Examen práctico sobre
el “espíritu sobrenatural”,
que debe guiar siempre al
Propagandista

Como prólogo de su examen de conciencia del Propagandista Monseñor Castán Lacoma, colocó el texto de La Imitación de Cristo, libro III, cap. 59.

Entendiendo por espíritu sobrenatural “vivir de la fe, sostenerse por la esperanza y actuar por la caridad, buscando sólo, siempre y en todo, la mayor gloria de Dios, y siguiendo a Cristo por el camino de la cruz”, podrá el Propagandista “conocer el grado de su espíritu sobrenatural, observando en sí mismo los diversos movimientos de la naturaleza y de la gracia” (*Kempis* III, 59) y el grado, que vive la “Oración del Propagandista”.

De los movimientos de la naturaleza y de la gracia

“Hijo, mira con mucha vigilancia los movimientos de la naturaleza y de la gracia, que muy contraria y sutilmente se mueven, en tanto que con dificultad se conocen sino por varones espirituales. Todos desean el bien, y en dichos y hechos buscan algún bien, y por eso muchos se engañan so color de bien.

La natura es astuta, y atrae a muchos, y enlázalos, y engaña los, y siempre se pone a sí por principal fin; mas la gracia conversa y anda sin doblez, desvíase de todo color de mal, no busca engaños, mas hace todas las cosas puramente por Dios, en el cual descansa como en su fin.

La natura no quiere morir de gana, ni quiere ser apremiada, ni vencida, ni sojuzgada. La gracia estudia en la propia mortificación, resiste a la sensualidad, quiere ser sujeta, desea ser vencida, no quiere usar de su propia libertad, huelga de estar debajo de corrección y disciplina. No codicia señorear a alguno, mas servir y estar debajo de la mano de Dios, y por Dios está aparejada a obedecer con toda humildad a cualquier humana criatura.

La natura trabaja de continuo por su interés y tiene el ojo a la ganancia que le puede venir. La gracia considera el provecho de muchos y no el suyo.

La natura muy de gana recibe la honra y la reverencia; la gracia fidelísimamente atribuye a sólo Dios toda honra y gloria.

La natura teme la confusión y el desprecio; mas la gracia alégrase en sufrir injurias por el nombre de Jesús.

La natura ama el ocio y la holganza corporal; mas la gracia no puede estar ociosa, antes abraza de buena voluntad el trabajo.

La natura quiere tener cosas curiosas y hermosas, y aborrece las viles y groseras; mas la gracia deléitase

con cosas llanas y bajas, no desecha las cosas ásperas, ni rehúsa de vestir ropas viejas.

La natura mira lo temporal y gózase de las ganancias terrenas, entristécese del daño y ensáñase de cualquier palabra injuriosa; mas la gracia mira las cosas eternas, y no está arrimada a lo temporal, ni se turba cuando lo pierde, ni se aceda con duras palabras, porque puso su tesoro y su gozo en el cielo donde ninguna cosa perece.

La natura es codiciosa, y de mejor gana toma que da, y ama las cosas particulares; mas la gracia es piadosa y común para todos, esquiva la singularidad, y contentase con lo poco, y “tiene por mayor felicidad dar que recibir” (Hch 20, 35).

La natura inclínanos a las criaturas, a la propia carne, a la vanidad y a distraimientos; mas la gracia llévanos a Dios y a las virtudes, renuncia las criaturas, huye del mundo y aborrece los deseos de la carne, refrena los pasos vanos y avergüénzase de parecer en público.

La natura de gana toma cualquier placer exterior en que deleite sus sentidos; mas la gracia en sólo Dios se quiere consolar, y deleitar en el sumo bien sobre todo lo visible.

La natura cuanto hace es por su propio interés y ganancia, y no puede hacer cosa de balde, mas espera alcanzar otro tanto, o más, o mejor, o loor, o favor, y codicia que sean sus obras y sus dádivas muy estimadas; mas la gracia ninguna cosa temporal busca, ni

quiere otro premio sino a sólo Dios, y de lo temporal no quiere más de cuanto basta para conseguir lo eterno.

La natura alégrase de muchos amigos y parientes, gloriáse del noble lugar y del gran linaje; sigue el apetito de los poderosos, lisonjea los ricos, regocija a sus iguales. Mas la gracia aún a los enemigos ama, y no se ensalza por los muchos amigos, ni estima el lugar ni el linaje de donde nació, si no hay en ello mayor virtud; más favorece al pobre que al rico, tiene mayor compasión del inocente que del poderoso, alégrase con el verdadero y no con el mentiroso; amonesta siempre a los buenos que sean mejores y que por las virtudes imiten al Hijo de Dios.

La natura luego se queja del trabajo y de la mengua; mas la gracia sufre con buen rostro la pobreza.

La natura todas las cosas retorna a sí, y por sí pelea y porfía. La gracia todo lo refiere a Dios, donde originalmente mana; ningún bien atribuye a sí, ni presume vanamente; no contiende ni prefiere su razón a las otras, mas en todo sentido y entendimiento se somete a la sabiduría eterna y al divino examen.

La natura desea saber, oír nuevos secretos, y quiere mostrarse de fuera y experimentar muchas cosas con los sentidos; desea ser conocida y hacer cosas donde proceda loor y fama. Mas la gracia no cura de entender cosas nuevas ni delgadas, porque todo esto nace de la vieja corrupción, como no haya cosa nueva ni durable sobre la tierra. Así que enseña a recoger los